

MARTÍNEZ DE NAVARRETE, FRAY MANUEL DE (1768-1809)

*LAS FLORES DE CLORILA*

ODA I

Dedicadas a Fileno (Fr. Vicente Victoria)

PROLOGO

¿Quæris unde mihi roties scribantur amores?  
¿Unde rrus veniat mollis in ore fiber?  
Non hoc Caliope, non hoc mihi cantat Apollo;  
Ingenium nobis ipsa puella facit.  
–PROPER. Lib. It. Eleg. I.

(Traduceiots libre)  
¿Preguntaras acaso,  
lector, si en mis acentos  
tienen parte los dioses  
que cuidan de los versos?

Respondo que ninguna,  
sino que el rostro bello  
de una hermosa muchacha  
ha templado mi ingenio.

Clorila, si, Clorila,  
la pastora que quiero  
inflama mis versillos  
con su amoroso fuego.

¿Para que son de Apolo  
inspirantes reflejos,  
si me influye mis suave  
la luz de sus ojuelos?

¿Pues que si de sus labios,  
de sus labios risueños  
la sonrisa imagino?...  
Heliconas no quiero.

Lejos de mi el Parnaso,  
que ya para hacer versos,  
si, lector mio, a Clorila,

a Clorila me atengo.

I

Los versillos sabrosos  
que cantaba a Clorila,  
zagala del ameno  
valle de las olivas,

Alegres producciones,  
fueron de aquellos días  
que entre gustos se pasan  
cual sombras fugitivas.

Hoy a su rudo labio  
mi mesa campesina  
los vuelve, acompañados  
de su avena festiva.

Escucha pues, Fileno,  
en dulces cancioncillas,  
amores inocentes  
de Silvio y su Clorila.

Como en un ramillete  
advierte en esta obrilla,  
las mis preciosas flores  
que los tiempos marchitan.

¡Ay, edad halagüeña!  
huyeron tus delicias,  
sin dejarme otros frutos  
que punzantes espinas.

Espinas, ¡ay, Fileno!  
que en la restante vida,  
el corazón me pasan  
y el contento me quitan.

¡Ay, agradables ratos,  
cuando a la verde orilla  
de una fuente risueña  
estaba con Clorila!

¡Cuando a la fresca sombra

de robustas encinas,  
cantábamos iguales  
mil amorosas dichas !

¡Ay, hermosa muchacha  
la memoria afligida  
exprime por los ojos  
estas tristes reliquias!

Como quiera que sean  
estas flores, o espinas,  
a tus aras, Fileno,  
mi afecto las dedica.

Allí estarán honrando  
nuestra amistad antigua,  
que durará, no hay duda,  
mas allá de la vida.

## II

Como yo cuando canto  
del pueblo me retiro  
al silencioso bosque  
de cedros y de pinos;

O a la orilla agradable  
de los sonoros ríos;  
o al valle donde pacen  
mis mansos corderillos;

Seguro me contemplo  
de censores malignos,  
que por las propias obras  
juzgan ajenos dichos.

Heme de holgar ahora  
con algunos versitos,  
que a Clorila cantaba  
allá cuando era niño.

Sus flores, o sus gracias,  
que todas son lo mismo,  
cantar quiero. Tu flauta  
me presta, oh Cupidillo.

Si, Cupidillo tierno,  
muy mole, muy blandito  
me inspira, que no me oyen  
los censores malignos.

Así te ofrezcan dones  
Chipre, Amatunta, Gnido,  
todo el mundo: ¿pues dónde  
no te hacen sacrificios?

Ni el joven floreciente,  
ni el anciano marchito,  
se desdeñan de darte  
culto no merecido.

A los ardientes soplos  
de tu madre, yo he visto  
que en tus aras se queman ...  
rubor me da el decirlo.

Basta, amor: lo que importa  
es que con blando estilo  
me inspires, que no me oyen  
los censores malignos.

Despierta en mi memoria  
los sabrosos versillos  
que a Clorila cantaba  
allá cuando era niño.

Mas de modo que siendo  
de mi Clorila dignos,  
lo sean también de todos  
los honestos oídos.

### III

Por la margen de un río  
que mansamente corre,  
la zagala Clorila  
cogiendo estaba flores.

Una le pido, y ella  
tan inocente entonces,

a escoger de las que echa  
en sus faldas me pone.

Su confianza respeto;  
mas entretanto diome  
palabra de ser mía  
en lícitos amores.

Pasó el verano; vino  
el otoño; y conformes  
fueron siempre los frutos  
a sus honestas flores.

Aprended, zagalejas,  
y vosotros, pastores,  
a disfrutar placeres,  
que no son los de Dione.

#### IV

Un grupo delicioso,  
por natural milagro,  
de entretejidas flores  
formó el ameno prado.

Entróse allí Cupido  
a descansar un rato  
de aquellas travesuras  
ajenas de un muchacho.

De los pequeños hombros  
baja el carcaj dorado,  
y en el florido lecho  
se entrega al sueño blando.

Como otras ocasiones  
salió Clorila al campo,  
a engalanar su frente  
con lo mejor del mayo.

¡cha mano del grupo,  
donde dormido acaso  
estaba el hijo hermoso  
de Venus muy amado.

¡Quién creyera! ya fuese  
por voluntad del hado,  
o por otra cualquiera  
hechura del acaso!

Entre claveles rojos,  
y entre jazmines albos,  
no sé cómo, enredóse  
el diosezuelo incauto.

Las alas temblorosas  
bate el rapaz cuitado,  
para quedar asido  
más y más con los lazos.

Admirada Clorila,  
suspensa estuvo un rato;  
pero luego entreteje  
al amor con los ramos.

A su frente lo lleva,  
y el amor, más ufano  
que si la misma Venus  
lo pusiera en sus brazos,

Desde allí a los pastores  
que coge descuidados  
les dispara sus flechas,  
que son ardientes rayos;

Pues yo, que a tu guirnalda  
la estoy siempre mirando,  
y vengo a ser por esto  
de amor el mismo blanco,

¿Cómo tendré este pecho,  
Clorila? Con mil dardos  
lo siento: sí, Clorila,  
lo siento atravesado.

¡Ay! suelta al picarillo,  
y a la alma Venus dalo,  
que menos que en tus flores  
hará en su seno daños.

¡Ay! suéltalo, Clorila,

que viejos y muchachos  
se quejan en la aldea  
de su fogoso estrago.

V

Calle la fama ahora  
de Chipre, y no me diga  
que sus alegres huertos  
ofrecen mil delicias.

El huerto compendiado  
de mi bella Clorila,  
contiene menos flores;  
pero de más estima.

Cuando estoy asaltado  
de negra hipocondria,  
me brinda mil placeres  
en estas flores mismas.

Claveles en sus labios  
de púrpura encendida,  
en sus ojuelos yedras,  
rosas en sus mejillas.

¿Qué dices, Venus blanda,  
del huerto de Clorila?  
¿Son así o se parecen  
tus chipriotas delicias?

¡Qué distancia tan grande,  
oh Venus, se divisa  
entre unas y otras flores,  
aunque to to resistas!

Aquellas aparecen  
con agudas espinas;  
pero éstas, aunque gratas,  
son de honestas delicias.

Si, Venus; y te juro  
que a pesar de tu envidia,  
no se ajarán las flores  
de mi amada Clorila.

## VI

Con otras zagalejas,  
un día de verano,  
por modo de paseo,  
salió Clorila al campo.

Cuando daban la vuelta,  
traían en las manos  
hacecillos curiosos,  
de flores matizados.

Sobre las rubias trenzas,  
que el aire iba soplando,  
se ostentaban las rosas  
que habían entrelazado.

Dispuso la fortuna  
que yo saliera al paso  
Clorila diome luego  
un muy gracioso ramo.

Ramo que había sido  
lisonja del olfato,  
émulo de los otras,  
y honor ya de mi mano.

Algunos pastorcillos  
que supieron el caso,  
su inocencia y mi dicha,  
gruñeron y ladraron.

Alas yo digo a Clorila  
¿cuándo vuelves al campo  
con otras zagalejas  
un día de verano?

## VII

Esas que los zagales  
llamamos chupa-rosas,  
tras tu guirnalda vuelan,  
Clorila, a todas horas.



Algunos pastorcillos  
émulos de mi gloria,  
andan también como ellas  
al olor de sus rosas.

A todos los desprecia;  
porque estos y las otras,  
son por rumbos opuestos  
hambrientas chupa-rosas.

## VIII

De su guirnalda misma,  
y con su misma mano,  
Clorila en mi sombrero  
puso el más bello ramo.

Traía acaso entonces  
un hermoso durazno,  
agradable primicia  
del huerto que yo labro.

Díselo; y ella luego  
lo echó en su seno blando,  
en señal cariñosa  
de merecer su agrado.

De este modo Clorila  
advierte que su mano  
no cultiva la tierra  
de algún estéril campo.

No faltó quién dijera  
que los lances trocamos;  
pero si bien lo dijo,  
no lo sé, ni lo indago.

Sólo sé que en mi pecho  
sentí un placer extraño;  
pero tan dulce y vivo que.. .  
no podré explicarlo.

Por esto a mi Clorila  
le digo cada rato

dame flores, Clorila,  
y te daré duraznos.

## IX

Sobre la blanda yerba  
de una selva florida,  
sus párpados al sueño  
entregaba Clorila.

La celestial fragancia  
de su cara divina,  
un enjambre de abejas  
convoca a toda prisa.

Cuál se pega a los labios,  
y quién a las mejillas,  
por dar a sus colmenas  
de tan sabroso almíbar.

Clorila que despierta  
y tantas abejitas  
fueron luego despojo  
de sus divinas iras.

A vista del suceso,  
que a todos intimida,  
en rústicas zamponas  
no hay zagal que no diga

*Que el amor liba solo  
las flores de Clorila;  
y para Silvio, y no otro,  
sus panales fabrica.*

## X

En pos de to guirnalda  
estoy, Clorila, viendo  
mil simples mariposas,  
mil tiernos zagalejos.

¿Cuál es mayor, discurre  
por contrarios extremos,

si de aquéllas lo incauto,  
o la malicia de estos?

Si respuesta acertada  
me dieres, te prometo  
un cabrito manchado,  
que aun no asoma los cuernos.

## XI

Ajar las tiernas flores  
de mi dulce zagala  
quieren pastores necios  
con maliciosa instancia;

Pero aunque ellos parecen  
pajarracos que graznan,  
cuando viles no ensucian  
las florees que intentaban.

Yo, como centinela  
de sus flores amadas,  
advierto que su dueño  
con recato las guarda.

Y al instante cogiendo  
la honda necesaria,  
a los pájaros bobos  
les tiro esta pedrada:

*Aves de mal agüero,  
mil veces mal os haya;  
y que os sean como espinas  
las flores de mi amada.*

## XII

Un sueño misterioso,  
dulce Clorila, atiende,  
me lleva por un prado  
de flores muy recientes.

Hacer una guirnalda  
allí se me previene,

mas ¡ay! que un áspid sale  
de entre el florido albergue.

Grito, corro; y el susto  
del letargo me vuelve  
y ya despierto, acaso  
será bien que te ruegue

*Que no me des motivo  
jamás porque me queje  
de los sueños, que pintan  
entre flores serpientes.*

### XIII

Un ramillo de flores  
lleva en su pecho blanco  
la zagala que adoro,  
muchacha de quince años.

Al olor que despiden  
las joyuelas del mayo,  
síguenla los pastores  
que encuentra por el campo.

Cércanla como abejas,  
pero vamos al caso,  
todos huelen las flores;  
mas nadie lleva el ramo.

Yo, que detrás de todos  
me divierto mirando,  
al enjambre inexperto  
este versillo canto

Apartaos, zagalejos,  
Clorila me ha contado  
que a sus flores no llegan  
insolentes muchachos.

### XIV

Como nunca de hermosa,  
la zagala Clorila

se presenta a mis ojos  
haciendo florecitas.

Ya construye una rosa  
que emula sits mejillas;  
ya una Blanca azucena  
que sit candor imita.

Ya un clavel cuyas hojas,  
según su roja tinta,  
parece que salieron  
de sus labios teñidas.

El azul de sus ojos  
en una yedra tira...  
Yo creo que mi zagala  
se retrata a si misma.

Así que ha completado  
su producción florida,  
de su rubia madeja  
se desata tina cinta.

Una guirnalda teje,  
v con su mano misma  
ciñe mi alegre frente,  
por coronar mis dichas.

En la estación risueña  
no sale a las campiñas  
más galán el verano  
a expensas de su ninfa,

Como yo, zagalejos,  
me presento a la vista  
de toda la cabaña,  
por mi amada Clorila.

Ayudadme, pastores,  
a celebrar mis dichas,  
y al son de nuestras flautas  
conmigo todos digan

*¡Ay zagaleja hermosa!  
tu Silvio te suplica,  
que con tus bellas flores*

*otra frente no ciñas.*

## XV

Un niño pequeñuelo  
con inocente mano  
jugaba con las flores  
de un delicioso prado

Así se divertía,  
y con gorjeos blandos  
engañaba del tiempo  
algunos tristes ratos.

Mas ¡ay! furiosos vientos  
que corren desatados,  
deshojando las flores  
te privan de su encanto.

Llora el niño... y entonces  
viendo que es un retrato  
de amor, delicia, ofensa,  
todo lo que ha pasado:

*Te ruego, mi Clorila,  
que de algún fiero agravio  
no deshojadas sean  
las flores que yo canto.*

## XVI

Auséntase Clorila,  
y en este mismo instante  
que es de todas mis dichas  
el triste último vale.

Mi corazón, si puedo  
de este modo explicarme,  
como el campo se queda  
cuando el verano sale.

*Adiós, digo, Clorila:  
y pues contigo parten  
las flores que conmigo*

*no permiten quedarse,*

*Te pido las defiendas  
del invierno que sabes,  
no con un torpe hielo  
vayan a marchitarse.*

Ella me lo asegura,  
con aquellos modales  
que su dulce inocencia  
tiene para estos lances.

Y mientras que no vuelvan  
las flores de mi amante,  
estése mi cañuela  
pendiente de este sauce.

Y el hijuelo de Venus  
que dictó estos cantares,  
la mas amarga ausencia  
a llorar me acompañe.

## ODA VII

### EL VERANO

Oh que alegre estación la del Verano,  
que brinda flores por el Verde llano!

Se foe el invierno  
áspero y triste;  
sus galas viste  
el campo tierno;

Los mansos vientos  
soplan suaves,  
cantan las aves  
dulces acentos;

Las fuentecillas  
vienen corriendo,  
salen riendo  
las florecillas.

¡Tierra dichosa!  
si a ti viniere  
Anarda, y viere  
t-a pompa hermosa,

Pon en su frente  
ramo vistoso,  
el mas gracioso  
y floreciente.

Oh si viniera  
al Verde llano!  
dulce Verano,  
la persuadiera

a sentarse en la alfombra de estas flores  
al lado del zagal, que es sus amores.

## EL ESTIO

De doradas espigas coronado  
el Estio se asoma en el sembrado.

Ya se preparan  
las labradoras;  
haces empuñan,  
las mieses cortan.

De la alma Ceres  
que el campo adora  
tiran los bueyes  
grandes carrozas:

Alegre canta  
la vega toda;  
¡Salve! le dice  
con voz sonora.

Trojes se llenan,  
eras se colman,  
y huyen las hambres  
de nuestras chozas.

Anarda, Anarda,



bajo estas sombras  
a Pan le deja  
tus cabras gordas.

Mientras que al baile  
vamos ahora  
de la cosecha  
verás que gloria.

Verás los ricos granos con que el cielo  
ha socorrido al miserable suelo.

## EL OTOÑO

Mira, Anarda, al Otoño, qué cargado  
de frutos viene a nuestro suelo amado.

Aquí to sienta,  
zagala mía,  
do alfombra te hacen  
las yerbecitas.

Mira, ya vienen  
las gratas ninfas,  
que de Pomona  
el huerto aliñan.

¡Cuán aseadas  
sus canastillas  
colmadas traen  
de frutas ricas!

¡Uvas qué gruesas!  
peras ¡qué lindas!  
Mira ¡qué hermosas  
están las guindas!

¡Eh! ¡qué manzanas  
tan encendidas!  
¡y qué naranjas  
tan amarillas!

Gustemos ambos  
sabrosas dichas,  
que en tantos dones

el cielo envía.

Y nuestra voz se eleva al numen santo,  
que en el Otoño nos regala tanto.

## EL INVIERNO

Llega del año la estación severa,  
y de la tierra toda se apodera.

Nublado el cielo,  
mudas las aves,  
los hielos graves,  
y mustio el suelo,

Nuestro ganado  
de temor lleno,  
busca entre el heno  
su abrigo amado.

¡Qué poco, Anarda,  
el gusto dura,  
pues la amargura  
tras él no tarda!

¿Dó están las flores  
de primavera?  
¿dó la ligera  
edad de amores?

Nada resiste  
la ley del tiempo,  
ni el contratiempo  
del hado triste.

¿Pues qué esperanza  
ahora abrigamos,  
por si llegamos  
a tal mudanza ?

La virtud solamente, Anarda mía,  
puede valernos en la vejez fría.